

Capítulo VI. Costa Rica

Tierra libre



La llegada a Costa Rica fue de noche; era imposible hacer los trámites a esas horas, así que tuvimos que esperar en la frontera de Panamá hasta que abrieran las oficinas de migración de Costa Rica, donde lógicamente teníamos que hacer los arreglos necesarios para cruzar el país. Lo ideal era llegar entre semana para tener la oportunidad de pasar temprano; de lo contrario, si llegábamos el viernes por la noche, tendríamos que esperar hasta el lunes.

Esa noche en la frontera fue una experiencia inolvidable. Se suponía que legalmente no se nos tenía permitido cruzar, pero sabíamos que la policía no iba a decir nada si lo hacíamos. Habíamos descubierto formas fáciles de romper las reglas sin causar desorden. Entre estos dos países había una plaza comercial que tocaba un punto de Panamá y otro de Costa Rica. Descubrimos que en esa frontera no había ninguna forma de restricción; extrañamente la frontera tenía un mercado libre.

La gente que ya tenía conocimiento previo de cómo estaba la situación, cruzó sin problemas. Algunos amigos que ya habían arreglado su papeleo llegaban por la noche a la frontera para ver si arribaban amigos o parientes, con la intención de explicarnos cómo podíamos cruzar sin que nadie nos viera. Casi todas las actividades de la noche se realizaban en Costa Rica, por lo que nadie quería quedarse en territorio de Panamá.

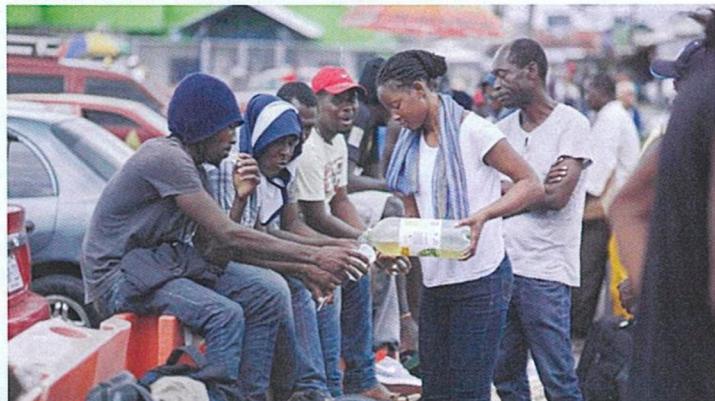
Después de un viaje tan agotador, nadie quería dormir en un pedazo de cartón en un parking. Casi todos se cruzaban para Costa Rica a buscar un hotel o a un amigo que ya estuviera acomodado para pasar la noche o el fin de semana.



Cada mañana aproximadamente cien migrantes esperaban frente a la frontera de Panamá y Costa Rica a que dieran las 8:00 a.m., con la parte de la migración costarricense, para poder cruzar el país.

Sobrevivientes, ciudadanos del mundo

En lo que a mí respecta, la noche fue muy placentera, debido a que me encontré a muchos amigos que no veía desde hace mucho tiempo. Para festejar el encuentro nos fuimos a un club que se encontraba a las afueras de la ciudad y pasamos una noche con cerveza, cigarros y mujeres; con lo que habíamos vivido no podíamos pedir nada mejor. Lo único que deseábamos después de tanta adversidad era distraernos. No obstante, durante la noche nos turnábamos para ir a la frontera y corroborar cómo andaban las cosas por allá. Muchos de los migrantes del resto del grupo tomaron la decisión de esperar a los demás en la frontera, pues estaban preocupados porque ya habían tardado mucho. Decidieron quedarse en vez de irse a divertir. Al final de esa noche mis amigos me llevaron a un hotel donde ellos se hospedaban para poder descansar, a sabiendas de que temprano me tenía que levantar para irme con el grupo.



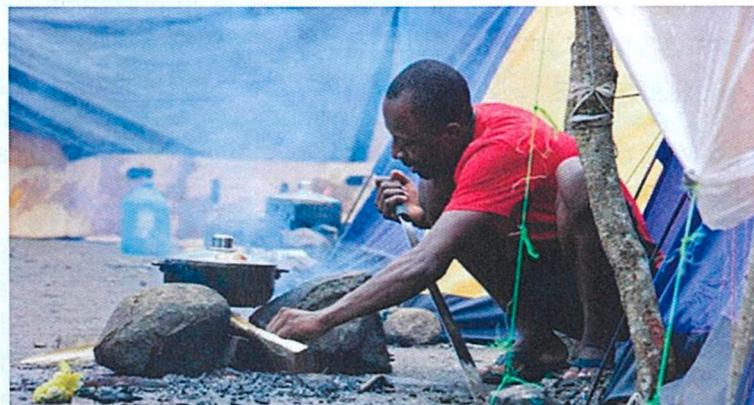
En la frontera de Panamá y Costa Rica, después de una noche sin dormir. Otros inmigrantes que ya tenían sus papeles, llegaron a ofrecer refrescos a sus amigos y también a algunos extraños.

A las seis de la mañana del día siguiente llegaron los soldados. Para esa hora todos ya estábamos en el estacionamiento y ellos empezaron a pasar lista. Después del pase de lista nos dieron permiso para ir a comprar cosas para comer, pero estaba prohibido que alguien más que no fuera del grupo se acercara a nosotros. Cosa ilógica dentro de sus reglas, pero según ellos era para evitar problemas. A las ocho de la mañana la inmigración de Costa Rica dio permiso para que llegara el primer grupo, que afortunadamente era el mío. Parecíamos bichos raros para los ciudadanos de ese lugar. Todo el que pasaba por la calle era observado por los habitantes de esa área, como si nunca hubieran visto a un ser humano parecido, aunque todos éramos de distintas nacionalidades. Nos sentíamos como si estuviéramos bajo un microscopio, la gente parecía que nos analizaba como si fuéramos extraterrestres o algo semejante. El ser humano es muy extraño. Ojalá llegue el momento en que los humanos comprendamos la importancia del respeto entre unos y otros, que dejemos a un lado los estigmas o prejuicios inútiles, que en vez de beneficiar nos destruyen. Nuestro color no es sinónimo de agresividad o maldad, como nos hacían sentir no sólo a nosotros, sino a los de otras nacionalidades también.

Caminamos unos diez minutos para llegar a las oficinas de migración. Cuando llegamos, tuvimos que hacer una fila para dar nuestros datos, nombre, nacionalidad, edad, estado civil, etc. Enseguida nos dieron cita en otra ciudad, cerca de un albergue donde debíamos ir por el papel del trámite. Para sorpresa nuestra, mi grupo fue el único que recibió su papel ese mismo día, porque el albergue no tenía más espacio. Eso nos ayudó a ir más rápido a comprar

boletos para ir a Peña Blanca, la última ciudad de Costa Rica. Ahí se podía apreciar la miseria de la población; abundaba el tráfico ilegal de migrantes de manera muy obvia, mientras las autoridades permanecían al margen.

Casi todo mundo quería quedarse en la frontera para descansar un poco después la experiencia de Panamá. Queríamos tener un poco de libertad y esperar a algunos amigos que todavía no llegaban. Pagamos veinte dólares diarios por cada cuarto, pero cada cuarto tenía dos camas y cada cama podía tener hasta dos personas, así que pagamos cinco dólares diarios cada quién, y casi veinte dólares al día para comer. Eso no fue problema para algunas personas, pero también había gente que no podía pagar un hotel, así que usaron el estacionamiento de algunos vecinos para dormir, mientras otros buscaron algún hotel barato, con una sola cama y sin televisión. Otras personas muy inteligentes, que por alguna razón se



En la frontera de Costa Rica y Nicaragua utilizamos la calle como una cocina, hicimos la suciedad en la carretera. Incluso aquellos que no tuvieron tiempo para ir al baño en la noche, en la mañana lo hicieron en el borde de la carretera.

quedaron atorados ahí, rentaron una casa para cocinar y venderle comida a los demás que iban llegando.

Haciendo una pequeña reflexión, rentar una casa no era caro, porque podía ser una renta de veinte dólares diarios, para más de diez personas. Claro, sin colchones, pero los migrantes usaron para dormir cartones que consiguieron en las calles y en el mercado libre. La gente se acomodaba de alguna manera en la frontera. En casi todos los países que cruzamos existía una manera de ahorrar dinero, por muy mínimo que fuera. Pero por desgracia muchas personas eran de corazón duro e insensible, pues te cobraban por todo, el baño, para recargar tu celular, etc.

En la frontera muchísimas mujeres se responsabilizaban de los hoteles o casas en renta para los migrantes, además de ofrecer sus cuerpos por diez o cinco dólares, verdaderamente por una miseria de dinero. Y bueno, lógico que a ese precio y con el estrés encima, los hombres solteros se ponían en fila igual que cuando iban a comer. Mis amigos y yo también, pues era la oportunidad perfecta para pasar un tiempo con una mujer.

En la mañana nos cerciorábamos si no teníamos algún amigo que estuviera llegando a la frontera, para decirle qué hacer después de registrarse. Casi toda la gente que venía con nosotros ya había agarrado camino hacia la frontera de Nicaragua. Se quedaban los que no tenían pasaporte para cobrar algún dinero que les mandara algún familiar. Una de las maneras de recibir el dinero era a través de conocidos en la oficina de transferencia. Por fortuna nuestra, teníamos dos amigos y otro haitiano naturalizado venezolano que trabajaban en una de esas oficinas, lo que ayudó a los haitianos sin pasaporte a recibir su dinero —claro está,

con un costo extra—. Había diferentes porcentajes de ganancia, algunos cobraban el 5% del total del envío, lo cual era conveniente porque la gente recibía su dinero casi íntegro para poder llegar a la frontera con Nicaragua sin detenerse. Teníamos conocimiento de que en la frontera de Nicaragua no era fácil recibir una transferencia, por lo que pagar el 5% aquí o incluso un poco más, era lo mejor. No había otra opción.

Bajo esas circunstancias me di cuenta de que realmente ya no traía conmigo casi nada de dinero. Mis amigos planeaban salir en dos días y verdaderamente reaccioné al darme cuenta de que no tenía ninguna razón para permanecer en la frontera. Yo me beneficiaba de estar con ellos porque comía con ellos y se hacían cargo de mis gastos de hotel. Entonces ¿a qué me quedaba ahí sin esperanzas?

Nadie en sus cinco sentidos sería capaz de quedarse así en esa frontera, porque la situación económica empeoraría día tras día. Lógicamente entre más días, más gastos. Los únicos beneficiados —por llamarlo de alguna manera— eran los que vendían los alimentos preparados distribuidos por los haitianos, ya que su intención era superar la inversión y sacar dinero extra para continuar su negocio en la frontera con Nicaragua y seguir avanzando.

El día que me marché de Paso Canoas para ir a Peña Blanca fue un día oscuro. Estaba solo en el autobús, con puras personas casi desconocidas. Salimos después del mediodía. Alrededor de las cuatro de la tarde llegó el autobús de inmigración con etiquetas de precios especiales. Hicieron un solo viaje de un día en varios camiones, con una duración de diecisésis horas, incluido un

descanso antes de llegar a San José, la capital de Costa Rica. Cuando llegamos hicimos un segundo descanso de dos horas, antes de tomar el último autobús para ir a la frontera con Nicaragua.

Llegando a la frontera de Costa Rica y Nicaragua me puse a observar la vida del lugar y me llamó mucho la atención la situación de los nicaragüenses. Era increíble ver cómo la gente podía vivir en medio de la basura, donde comían y dormían. Allí no había formalmente albergues como en otros lugares; allí te movías con libertad, pero a la vez con mucho cuidado. No te recibían con comida, cada quien tenía que hacerse responsable de sus alimentos, todos los gastos corrían por nuestra cuenta, pues no había ninguna autoridad o apoyo que pudiéramos esperar, ya que ni siquiera lo había para los residentes de Nicaragua. Bajo esas circunstancias, nos resultaba complicado pensar que llegaríamos en la fecha estimada a nuestro destino. Pensábamos llegar antes del 8 de noviembre.

Una forma en la que todos se acomodan para dormir, en especial los que tenían familia. Buscaban una manera de poner tiendas de campaña cerca de la calle o en un lugar favorable.

Descubrimos que cerca de la Cruz Roja había una opción, a unos 15 kilómetros, y cerca de la migración había dos refugios, uno para familias y otro para los que quisieran. Debido a que estaban muy lejos, a menos que nos diera mucha hambre y no tuviéramos otra opción, íbamos para allá. Así que preferíamos mantenernos en movimiento. Nosotros deseábamos dejar la frontera, era una muy deprimente; no teníamos otra opción más que cocinar en la calle, comer en la calle y hacer nuestras necesidades en

la calle. Muchos intentaron viajar en forma ilegal con los camioneros o con los "coyotes", pero sin éxito. Como ya no contaban con dinero empezaron a irse a los refugios. Antes de eso estos haitianos habían mostrado bastante rebeldía. No obedecían a las autoridades cuando éstas les decían que debían irse a un refugio en vez de estar en la calle tratando de vender comida, recargas de celular, cortes de pelo o peinados de trenzas, poniendo sus mesas de azar junto a los vagabundos y buscando la manera de sacar dinero de cualquier forma, incluso prostituyéndose.

Desafortunadamente las mujeres nicaragüenses también empezaron hacer su negocio con los haitianos. Muy listas ellas, rentaron un cuarto donde se llevaban a los hombres por 5 dólares con cualquiera de las mujeres que escogiera, e incluso hasta de tres o más se encontraban en



Una forma en la que todos se acomodan para dormir, en especial los que tenían familia. Buscaban una manera de poner tiendas de campaña cerca de la calle o en un lugar favorable.

un cuarto. Al borde de esas calles había música y algarabía. Tanto, que a veces me preguntaba si en verdad estaba en un viaje. Eran tantas cosas las que veía que me confundía. La diversión del mundo era mucha y se podía decir que debido a estas distracciones hasta nos sentíamos a gusto. Era extraño que dentro de la miseria en la que estábamos pudiéramos en momentos efímeros ser felices.

Los "coyotes" cobraban mil dólares por persona y conseguían cien personas o más, por lo tanto, su ganancia era de 100 000 dólares. Y no solamente hacían un viaje por semana, sino varios. Las ganancias de esta gente son enormes.

Los "coyotes" son muy listos. A veces los viajes que cobraban no resultaban, por lo que en la frontera estaban los que tenían ya mucho tiempo. Hubo personas que perdieron su dinero en viajes mal organizados y que ya no pudieron recuperar nada. Pero adquirieron experiencia, y esa experiencia nos sirvió a nosotros, pues nos advirtieron de los diferentes traficantes que había. Algunos te podían pasar a Honduras en un día y otros en más días; dependiendo de la conexión.

Las personas que se la pasaban en la frontera y que caían en las manos de los traficantes vividores eran a menudo abandonados por sus familias, ya que no les podían seguir apoyando económicamente de forma indefinida en su viaje, así que ellos tenían que buscar la manera de sobrevivir yéndose a los refugios para poder comer. O bien había gente que tenía compasión de ellos y les ayudaban con lo que podía. En el caso de los que viajaban a pie desde Costa Rica hasta Honduras, algunos llegaban a tener éxito, pero la mayoría no lo lograba.

Gracias a Dios que conocíamos dos refugios, que eran lugares seguros y bien ubicados, cerca de la ciudad llamada La Cruz; sitio a cargo de funcionarios canadienses y de la Cruz Roja. En este primer refugio las familias no estaban divididas, había docenas de tiendas de campaña. Cada carpa tenía una capacidad para alrededor de veinte personas. Para ser aceptados en el refugio se debía hacer un trámite antes de salir de la frontera Panamá-Costa Rica, donde les ponían un brazalete hasta que salieran del refugio. Aquí ofrecían servicios médicos, un *kit* de comida que te permitía alimentarte por una semana, y si la carpa tenía sólo quince personas, las alimentaban muy bien.



Muchos lloramos por diferentes razones: por lamentar el haber salido de Brasil para ser objeto de abuso de personas que se aprovecharon de la situación. Otros estaban llorando por algunos amigos y familiares que no tuvieron la oportunidad de salir del bosque; otros lloraban de alegría, por estar aún con vida; otros como esta mujer lloraban después de intentar ir a Honduras a través de Nicaragua, y por desgracia no lograr su propósito.

Ese lugar tenía una cocina hecha de bloques; los hombres cortaban la madera que migración llevaba al lugar, para poder cocinar. Tenía duchas limpias al principio, porque al final quedaron todas sucias y maltratadas. La zona era muy tranquila y relajante para descansar y ahí teníamos la oportunidad de recargar el celular. Aparentemente todos estábamos felices, afortunadamente los niños tenían su propio espacio de juego, y los jovencitos al mediodía jugaban futbol.

El segundo refugio quedaba a cuarenta y cinco minutos de ahí, en la zona de Jobo, que estaba frente al mar. Ahí estaban los adultos en la playa. En cuanto a la comida, la seguridad y los baños eran igual que en el anterior refugio, se respiraba la misma tranquilidad.

Aunque estábamos en calma disfrutando de este descanso, seguimos con las mismas intenciones de continuar con el viaje. De tal modo que cada mañana íbamos a verificar si los traficantes tenían alguna salida en puerta. Por fortuna sabíamos quiénes eran los traficantes más eficaces, de nacionalidad costarricense y nicaragüense, éstos eran: Les Jumeaux, Manual, Pedro, Neg Bannann, Tiblan (Haití), Carlos Komandan. Había muchos otros. Cada uno de ellos tenía precios diferentes, los más caros eran de \$1300, \$1200, \$1100, \$1000 y \$900 dólares, y los demás eran de \$400 a \$700 dólares. Sabíamos que los viajes más caros eran los más seguros, por eso ignorábamos los de \$400 y \$700. Increíblemente los traficantes eran más populares que los políticos de esa ciudad. En ese círculo de personas había de todo, desde los que ayudaban aunque sea por una paga, hasta los que te robaban. Todos con una buena organización, unos por tierra y otros por mar.

Para iniciar el viaje nos teníamos que anotar en una lista y dar por adelantado \$100 dólares, con lo cual te daban una fecha de salida dependiendo de la cantidad de gente anotada. Varias personas pagaron más con tal de irse más rápido y pocos se iban con los que cobraban barato para no perder tiempo esperando, aunque sin garantía. Mientras los que cobraban caro sí te daban garantía, dándote la oportunidad de viajar de nuevo si algo salía mal. Si las cosas no iban bien, la policía de Nicaragua te regresaba a Costa Rica.

Los viajes de los traficantes no eran fáciles. Caminábamos durante horas en el bosque, algo nada divertido. Luego nos conectaban con un camión que nos dejaba cerca de un río que debíamos cruzar. Los soldados sabían de antemano que llegaría gente ahí, entonces, en ocasiones de ahí los volvían a regresar a Costa Rica. En otras ocasiones los traficantes los llevaban hasta Honduras sin ningún peligro.

Los "coyotes" en el bosque tenían mercenarios, que se encargaban de robar a la gente y violar a las mujeres; quitándoles todo lo de valor. Una de las esposas de estos malhechores —que era haitiana—, se iba e investigaba a los haitianos para saber cuáles tenían más dinero y asaltarlos en el camino, amenazarlos y quitarles sus pertenencias. Algunos de los grupos sufrían más que otros. Muchas más personas no llegaron a Honduras, por lo que se tuvieron que regresar a Costa Rica.

Conocí la historia de una mujer que fue violada en el bosque. En ese viaje eran más de 120 personas y a todos los agarraron en el camino los bandidos, dos enfrente con rifles y dos atrás, y empezaron a revisarlos a todos para

quitarles sus pertenencias. Los hombres fueron golpeados y a las mujeres les pusieron los dedos en la vagina o las violaron. Aun así, este grupo pudo llegar a Honduras, pero a la mujer que habían violado la separaron del grupo, no tuvieron piedad de ella y la regresaron a Costa Rica. Esta joven tenía tanta vergüenza que dijo que no le habían hecho nada; pero un conocido de ella que lo había visto todo, lo narró.

No se podía confiar en nadie, pues aquí se decían muchas mentiras para ganar dinero o para sobrevivir. Los mismos traficantes cuando nos adentraban en la selva inmediatamente nos tendían una emboscada, pues ya



Fue categórica la miseria en la frontera entre Costa Rica y Nicaragua, no hubo autoridades que esperaran por nosotros, nadie nos ofreció nada. En esta frontera el que tiene dinero, tiene para comer

estaban bien organizados. Esta era una de las razones por las cuales la gente quería viajar por mar. El problema es que ahí no había ningún tipo de protección y podías morir ahogado. Muchos no sabíamos nadar.

En una ocasión, uno de los barcos no llegó a puerto, se perdió en el fondo del mar con varias migrantes. Y hubo otro caso de un bebé que se cayó al agua y desgraciadamente el capitán del barco no quiso parar. Todos estaban enojados y desesperados, pero— aunque la gente quería ayudar— no era posible hacerlo. El barco tenía que seguir su curso. Cuando a las personas se les caían sus mochilas o sus maletas, pues menos se detenían.

Otra forma de viajar era vía terrestre dentro de un tráiler que pasaba por la aduana. Los choferes lo hacían cuando se encontraban algún conocido de ellos trabajando en la aduana. Era una forma de llegar más rápido a Honduras. Todas las noches había gente esperando que algún chofer les ayudara a continuar. A veces lo hacían, pero de igual forma había trampas, pues los ladrones estaban al acecho.

Capítulo VII. Nicaragua

Tierra prohibida



Nicaragua es el único país al cual no se puede cruzar a pesar de tener relaciones diplomáticas con Haití. Todo el poder de ese país depende de su presidente. A causa de los migrantes, los soldados nicaragüenses tienen trabajo todos los días. La primera vez que yo llegué a esa tierra fue con un grupo de cubanos. Ese tipo de viajes tienen un nombre propio. Le llamábamos *via*, derivado de la palabra *viaje* en español. Los cubanos no viajan frecuentemente con haitianos porque ellos tienen sus propios contactos y de hecho cada nación tiene su propio estilo de viaje.

Debo de hacer un paréntesis para explicarles que había un senegalés. Ellos eran valientes; él había atravesado toda Nicaragua a pie, fue muy listo en su recorrido, pues en cada lugar estratégico había marcado y dejado una señal pensando —claro— en que podía existir la posibilidad de ser retornado. Sin duda él estaba dispuesto a intentarlo de nuevo en caso de que, al llegar a Honduras, lo regresaran a Costa Rica.

Cuando efectivamente lo retornaron, se llevó a todos los demás africanos y ellos tomaron el mismo camino. Ningún haitiano contaba con ese grado de valentía. El "coyote" que nos pasó nos pidió que fuéramos valientes y que, si no lo éramos, pues que lo fuéramos porque lo íbamos a necesitar, ya que él nos estaría esperando en Honduras, al otro extremo de Nicaragua, donde nos cobraría la mitad del pago. La otra mitad se la haríamos llegar con un amigo, quien esperaría nuestro aviso de que ya habíamos cumplido nuestra parte y le pagaríamos la otra mitad. El "coyote" nos dijo que nos iríamos en aproximadamente cuatro horas. Nos había tomado días llegar a Panamá, así que esas cuatro horas se sintieron como una fracción de segundo.

Él nos presentó a tres guías para cruzar dos bases de policías y para que nos pudieran llevar a un lugar libre. En el grupo había dos bebés y eso nos causó preocupación debido a que es muy fácil ser localizado con el llanto de un bebé, porque los soldados nunca estaban muy lejos en caso de que alguno comenzara a llorar. Definitivamente eso aumentaba el nerviosismo y la adrenalina. Desde que comenzamos a caminar, nos sentíamos más cerca de Honduras. Después de aproximadamente una hora de estar en marcha, llegamos a un punto muy cercano a los soldados, pero por fortuna ellos no nos vieron. Dos de ellos aparecieron en una moto, e inmediatamente nos echamos todos al suelo. Es difícil describir la pesadez que se puede sentir en esas circunstancias, la respiración agitada por el miedo y la inseguridad que vivimos en esos momentos. Solamente quien vive esas circunstancias puede entenderlo. No creo que puedas imaginar el riesgo que tomamos cada día. Hay tantos peligros en estas

sendas que recorrimos sufriendo hambre, sed, dolencias, picaduras de insectos y extremo agotamiento físico.

¡Estuvimos en camino casi seis horas! Y nunca llegamos al lugar donde debíamos y lo peor es que no había ninguna señal. Desde luego que todos estábamos más que preocupados. Llegamos a un punto donde hubo cambio de guías. Nos dijeron —quiero pensar que para no atemorizarnos— que todo aquello era parte del plan, que debíamos continuar con los tres nuevos guías, quienes nos conducirían hasta la conexión. Conexión quiere decir la segunda parte de la *vía*. Los cubanos no querían cambiar de guía, pero nosotros nos vimos obligados a tomarlo porque no podíamos quedarnos en la selva. Continuamos nuestra ruta hasta caer la noche. El miedo, la desesperación y las ganas de ver otro día crecían en nuestros corazones. Hubo ocasiones en que cada vez que uno debía cruzar un campo de maíz, todo el mundo corría, hasta llegar a un alambre de fierro, pero en ocasiones esos alambres de fierro estaban alimentados de corriente eléctrica. Y si por alguna extraña razón alguien no tuviera el tiempo de escapar, tendría que salir y traspasar los alambres, lo cuál sería un pago muy caro por viajar; además de arriesgar enormemente su vida.

Después de cruzar tantos campos, descansamos por la tarde; no habían pasado ni dos minutos cuando nos atacaron unos ladrones, ¡resultó ser que esos ladrones eran los tres primeros guías! En el acto nos dímos cuenta de que eran ellos porque no se habían cambiado las camisas, sólo tenían pañuelos que les cubrían la cara y el más delgado era el más fácil de distinguir. La cuestión era que estaban “armados hasta los dientes”, con una variedad de armas que incluían una de 9 mm, cuchillos y machetes. Dos de ellos estaban enfrente, nosotros en medio y el otro atrás

de nosotros. Estas personas sin escrúpulos utilizaron sus tácticas para esculcarnos. Desafortunadamente ellos no conocen de respeto hacia nadie, ya que con las mujeres tampoco tuvieron compasión. Con toda la desfachatez y sin miramientos les retiraron sus pantalones y les metieron mano hasta dentro de los calzones. ¡Querían todo! No les importaba a costa de qué.

Hay ladrones y violadores que toman a su antojo a toda persona que cruza su camino. Todo lo que sucedía estaba planeado; los otros guías se hicieron a un lado, y nos dijeron que, si alguien los seguía, esa persona moriría. Desde luego que ni el intento hicimos de seguirlos.

Los cubanos se enojaron demasiado, pues no era la primera vez que les pasaba esto; ya habían perdido casi todo, igual que la mayoría. Se acercaba la noche y con ella la lluvia, no teníamos dónde ni con qué proteger a los niños. Fue una noche demasiado fría y difícil de soportar, pero lo logramos una vez más. Verdaderamente sentimos que esa noche Dios nos salvó. Se puede decir que descansamos tranquilamente, pues anteriormente habíamos caminado mucho antes de llegar a la conexión. Para continuar, los guías nos solicitaron hacerse cargo de nuestro dinero; seguramente se los íbamos a dar. ¡Claro que no! Ahora más que nunca no les teníamos confianza, sus palabras eran puras mentiras. En este medio, uno jamás debe confiar en nadie. Es imposible.

El ser humano es tan cruel, tan malo; pura gente sin corazón, cegada por su propio beneficio, algo deprimente. Su justificación para guardarnos el dinero era supuestamente defenderlo de otros asaltantes, pues ellos serían los únicos en no ser esculcados. ¡Qué nos querían

cuidar, si ya no teníamos nada! Así que les hicimos saber exactamente eso, que estábamos sin un centavo.

Al llegar ahí les pedimos hablar por teléfono con la persona con la que habíamos contratado el viaje, para que nos explicara qué estaba pasando, pero él se negó. No quería hablar con nosotros; decía que faltaba una parte del dinero para realizar la conexión. Intentamos convencerlo de que se lo pagaríamos al llegar, pero los guías no querían seguir hablando con nosotros. Nos dijeron que sería mejor dejarle un mensaje y que ellos se lo pasarían. El contratista del viaje era un ladrón y estaba insinuando que los haitianos no habíamos pagado, pese a que los cubanos le habían enviado un mensaje diciéndole que ellos pagarían lo que faltaba.

Nos vimos obligados a ir por nuestra cuenta. Estábamos muy cerca de la carretera y nos percatamos que había tráfico y alguien nos podría ver. Algunos policías pasaron cerca. Después de esperar de tres a cuatro horas, el camión que tenía que hacer la conexión nunca llegó y ya pasaban de las cuatro de la tarde. Todos se comenzaron a preocupar de no poder emprender el viaje y tener que pasar otra noche en la selva. Nadie había visto a dónde se habían ido los guías y de repente un automóvil de policía llegó. Los cubanos al darse cuenta se echaron a correr. De hecho todos corrímos excepto las mujeres que tenían bebés. Aconteció que un amigo haitiano y un cubano corrieron, los policías los siguieron y ya no supimos de ellos, les perdimos la pista.

Durante una hora el grupo se puso a reflexionar, fue una hora de silencio impregnado de frustración, de tristeza, desolación, amargura, enojo, de todo junto; cuando de

pronto los guías aparecieron y nos dijeron que tenían un lugar en donde podíamos descansar y que así podríamos sobrevivir. Esos tipos nos tomaban por idiotas, después de que nos habían mentido y su jefe nos había querido tomar por imbéciles, como si no pudiéramos adivinar sus intenciones. Les dijimos decididamente que no los seguiríamos y ellos nos dijeron que se hacía tarde y que no podían quedarse más tiempo ahí; que entonces regresarían al día siguiente. Mientras tanto, nosotros analizábamos la situación, pues no éramos ningunos idiotas y no nos queríamos quedar en el mismo lugar donde nos habían dejado.

Se podía decir que la *vía* ya había salido mal. Entonces teníamos que intentar salir y ver cuál iba hacer la nueva estrategia. A pesar de que nos queríamos mantener en grupo, una parte se retiró, posiblemente al llegar la policía.

Salimos hacia la carretera, algunos nos acostamos y dos cubanas les hicieron señales a los autos en la ruta para intentar pedirles un aventón que nos acercara a la frontera hondureña, pero en realidad apenas estábamos a dos horas de Costa Rica. Cada vez que veíamos un auto teníamos miedo de ser regresados a Costa Rica. Corríamos el riesgo de perder nuestro dinero y nuestro viaje y tener que realizarlo de nuevo por completo, porque la mayoría de las personas que organizan la *vía* son ladrones. Cuando comenzamos a caminar, un automóvil de las fuerzas armadas nos tomó por sorpresa. Nos dijeron que no deberíamos preocuparnos, que guardáramos calma. Al pasar la noche, por la mañana estaríamos de regreso en Costa Rica. Tan pronto llegamos a su base, vimos al resto del grupo que había salido de otra *vía*. Después la Cruz Roja nos dio de comer y ropa usada. Estábamos decepcionados

por no haber podido llegar a Honduras, pero también felices de que ya no pasaríamos un día más en la selva.

Cada uno tenía una colchoneta en el suelo y bebimos de la misma agua de un pozo del que bebían los soldados. E hicimos un hoyo para ir al baño, que compartimos con los soldados porque no había baño con drenaje. Era una base militar nicaragüense: A la mañana siguiente estábamos en ruta hacia Costa Rica con los soldados que nos acompañaron. Tan pronto como llegamos, fuimos a la dirección que nos proporcionó la persona que había organizado esa *vía*, pero al llegar a su casa no vimos a nadie, ni a su perro. No podíamos ir con la policía porque ese tipo de viajes no estaban autorizados. Fue una decisión que tomamos por nuestra cuenta y tuvimos que asumir la responsabilidad de ella. Cada vez que denunciábamos a un guía de viaje, lo detenían sólo para calmar al grupo, pero después lo soltaban y se quedaban con su dinero. Hay algunos malhechores que pagan a personas para vigilarnos. Nuestra única esperanza es que todos rendiremos cuentas ante el tribunal de justicia al final de nuestros días.

Gracias a Dios no se habían robado los celulares, solamente el mío. Las personas me tomaban por loco porque era el que les había invitado a viajar con aquél hombre y no tenía ni un centavo. Yo tendría que encontrar otra manera de salir de Costa Rica con aquellas personas para recuperar mi tranquilidad.

El mismo día en el que inicié mi viaje fracasado hubo un amigo que me invitó a viajar con él dentro de un contenedor; lo rechacé porque yo confiaba en mi plan original, pero el mío había fracasado y el suyo había tenido éxito. Este amigo

me puso en contacto con el mismo conductor del camión para tratar de convencerlo de organizar otro viaje. Yo tenía miedo porque sabía de antemano que algunas personas habían muerto en esas cajas, pero este conductor era diferente.

El contenedor tenía un gran agujero abajo del camión a fin de que le entrara el aire, y mi trabajo era reunir alrededor de treinta personas. Si reuníamos a la gente, yo y mis amigos podríamos viajar de manera gratuita. ¡Pero ¡imagínate!, ¿quién iba a tener confianza en tí inmediatamente después de haber organizado un viaje fracasado? No obstante, también ellos sabían que el conductor siempre tenía éxito en sus viajes y nuestro viaje estaba previsto para el domingo.

En cuanto a mí, reuní a más de cuarenta personas para la salida del domingo. Todos estaban impacientes, pero el conductor nos llamó y nos dijo que él no podía ese domingo y tenía que esperar al siguiente. Yo no podía hacer ningún tipo de reclamo debido a que tenía el bolsillo vacío, pero algunos que ya no tenían paciencia tomaron otra ruta; unos con éxito y otros no; y cuando regresaron dijeron: "Sí, yo sabía, debí haberme esperado".

Los días pasaban súper lentos y teníamos poca paciencia. A decir verdad, estábamos llenos de impaciencia, de descontento; porque parecía que nada estaba saliendo bien. Cuando por fin llegó el domingo, ni siquiera tuve tiempo de comer porque me enfoqué en reunir a las personas de la lista y a otras que yo había agregado. En nuestro punto de encuentro, cerca de un puesto de gasolina, yo tenía que recolectar el dinero y pagar la mitad del total por todos, y

el resto cuando llegáramos. Mis cosas importantes iban dentro de una maleta con el conductor.

Hubo personas que me amenazaron si regresábamos, diciéndome que me golpearían. Pero mi equipo y yo platicábamos seguido sobre las posibilidades de que eso sucediera si no triunfábamos. Organizábamos paso por paso, con cautela. El conductor no trabajaba solo, había otro chofer con él de respaldo y algunos guías, porque teníamos que cruzar un lago a pie y eso tomaría alrededor de cuatro horas. Comenzamos el camino a las 4:00 p.m. Me percaté de que los guías tuvieran armas de fuego, en caso de que fuera necesario. Esa vez sentí que todo iba a salir bien. En esta ocasión, por extraño que parezca, sentía una certeza de que todo iba a estar bien y que no iba a haber problemas.

Todos los días serían las mismas tareas. Uno tenía que caminar por horas antes de hacer la conexión, pasar los alambres de fierro electrificado y otras cosas. Pasamos la noche en la casa de uno de los guías para hidratarnos antes de cambiarnos con otro grupo de guías, quienes formaban parte del plan. Hicimos el cambio en medio de la nada. Escuchábamos solamente a los pájaros y el viento rosando las ramas de los árboles. Algunas veces nos preguntamos por qué hicimos tantos sacrificios, pero la respuesta ya la sabemos. Somos humanos y el aislamiento es más fuerte que nosotros.

Después de muchas horas de caminar en medio de la selva estábamos llegando al punto de la conexión. Cuando nos dieron la indicación de subir al contenedor nos pusimos a correr como locos, nos golpeamos entre nosotros. Una vez que todos estaban dentro del contenedor,

el conductor nos proporcionó agua a todos para el viaje. Debíamos mantenernos en silencio hasta que llegáramos a Honduras. El viaje fue más rápido de lo que pensamos, porque salimos a las ocho de la noche y llegamos a las cuatro de la mañana. La experiencia en el contenedor fue maravillosa porque no veíamos nada del exterior. Se puede decir que era una sensación de alivio. Únicamente teníamos que esperar a que el conductor nos diera la señal para bajarnos. Y cuando bajamos, caminamos más o menos una hora antes de cruzar la frontera nicaragüense para llegar a Honduras. Bendito Dios, lo habíamos logrado. Todo salió bien. A pesar de todas las penas que pasamos en el camino, al final Dios nos mostró una manera de salir. ¡Aleluya!

Capítulo VIII. Honduras

Victoria inminente



Después de meses de miseria pasando por la selva, sufriendo física y emocionalmente, nunca esperamos lograr llegar a Honduras. Todo esto en verdad fue una prueba de supervivencia y gracias a Dios salimos a flote. Algunos dijeron que el camino iniciaba en Honduras, porque faltaban solamente dos países, Guatemala y México, para llegar a nuestro destino, que era Estados Unidos de América. Honduras fue uno de los países que aceptó sin problema a los haitianos, mientras en Panamá tuvimos que decir que éramos africanos. En Honduras sabían bien que éramos haitianos, que proveníamos de Brasil, Chile, Ecuador, Venezuela y otros lugares. Cuando llegamos ahí, llegamos sucios, cansados y hambrientos. Lo único que deseábamos inmensamente era primero bañarnos, comer y descansar; la mayoría no teníamos ropa. Era muy bonito ver cómo todos compartíamos lo que teníamos.

Éramos diferentes grupos los que llegamos. Algunos grupos habían pasado muchos días en Nicaragua antes de

Sobrevivientes, ciudadanos del mundo

Ilegar a Honduras, pero nosotros, gracias a Dios solamente estuvimos una noche. A las ocho de la mañana teníamos que avisar en las oficinas de migración que estábamos en el país. Eso nos permitía tener derecho a una cita para la cual debíamos esperar dos o tres días, dependiendo, para poder tener el papel que nos permitiera cruzar el país. El mismo día en que tú firmas ese papel, te comprometes a dejar el país. Debido a esto muchos haitianos se quedaron en ese lugar porque no tenían dinero para pagar el boleto del viaje. Entonces mejor decidían no firmar. Sin duda alguna, nos sentíamos más cerca del objetivo y con más calma. Hasta se podría decir que teníamos ganas de continuar con la aventura porque en Honduras no teníamos ninguna presión, todo estaba en calma.

En Honduras podíamos rentar un hotel, pero preferimos rentar un cuarto de apartamento, porque en un hotel no podíamos cocinar y no teníamos mucho dinero. No estábamos buscando el confort, sino cubrir una necesidad básica.

Sabíamos de antemano que no debíamos perder más tiempo; todo debía ser planeado correctamente, como lo habíamos hecho desde que salimos de Brasil. La razón de nuestra urgencia era que el periodo del presidente Obama iba a concluir pronto. Estábamos al tanto de las noticias, de la contienda política por el poder que se estaba viviendo en Estados Unidos. Erróneamente pensamos que estando este presidente nos daría asilo político sin problema y nos abriría las puertas para nuestro beneficio. Nada más lejos de la realidad, porque el beneficio no fue para todos. Obama fue uno de los presidentes que más deportaciones hizo durante su mandato. En ese momento, las elecciones entre los dos candidatos estaban muy cerradas y conocíamos

sus tendencias políticas. Sabíamos que si ganaba Donald Trump las cosas no resultarían a nuestro favor.

Al llegar al departamento que rentamos, tomamos un baño y vimos cómo movernos para comprar comida. Hasta ese momento éramos seis haitianos. Yo no tenía celular gracias a los ladrones que me dejaron incomunicado. Tenía que comprar uno para poder estar en contacto con mi madre, quien se preocupaba por mí. Pero primero debíamos cambiarnos, pues ya teníamos tiempo con la misma ropa y necesitábamos ir a comprar algo nuevo. Sin embargo, a pesar de lo que pensábamos hacer, nos relajamos unos minutos, tomamos algunas cervezas y escuchamos música. Conversamos sobre nuestras experiencias en estos meses. Para ese momento teníamos ya tres meses de recorrido.

Se había hablado de salir a pasear, a bailar, a conocer gente y divertirnos; pero como estábamos tan cansados y la noche era muy larga, nos quedamos dormidos.

En la mañana, cuando despertamos teníamos que ir en busca de un haitiano que tenía más tiempo ahí, pues por alguna razón se quedó en el país. Nos habían pasado sus datos, pues ya muchos que habían cruzado lo conocían. Él era el único que nos podía explicar cómo estaba la situación en las oficinas de migración. Sentíamos cierta ansiedad y no queríamos perder tiempo, pero tampoco queríamos ir demasiado rápido. Algunos haitianos que llegaron una semana antes que nosotros nos llevaron a una plaza para comprar ropa y celulares baratos. Yo deseaba platicar con mi mamá porque ese día era su cumpleaños, un 28 de noviembre. Para ello conseguí \$500 dólares organizando

un viaje. Logré integrar un grupo para poder comprar el celular y llamar a mi madre para felicitarla.

Fuimos a un mercado a comprar cosas para cocinar y se puede decir que pasamos un día bastante agradable y relajado. Por la noche todos estábamos de buen humor, el clima era bueno e íbamos a disfrutar de ese espacio. Es curioso como aprendes a disfrutar de las cosas sólo en situaciones como estas. Cuando el ser humano lo tiene todo, a veces no lo disfruta. Sin embargo, nosotros cada espacio que teníamos tratábamos de pasarla bien. No sabíamos cuántos días nos íbamos a quedar y queríamos llevar las cosas con calma, tomar nuestro tiempo; ya que después de partir todo cambiaba. Empezábamos con las inseguridades, con los miedos, lidiábamos con toda clase de pensamientos y sentimientos, regresaba el estrés y a sufrir las mismas y otras necesidades.

Tomamos cerveza en una de las plazas, lo cual fue mal visto por los hondureños porque ellos no toman cerveza en la calle, pero por ignorancia nosotros lo hicimos. No sabíamos que estaba prohibido en el país. No teníamos conocimiento de esa norma. Después de unos momentos llegaron dos policías y nos pidieron que los siguiéramos a la delegación y cuando llegamos nos pidieron papeles para retornarnos a Nicaragua, porque lo que estábamos haciendo era ilegal. Intentamos varias formas de negociación. Les suplicamos que nos dejaran partir, pero ellos no aceptaban el trato.

Les dijimos que si nos retornaban a Nicaragua tendríamos que volver a empezar, pero ahora sin dinero porque ya no teníamos y nuestra familia no estaba en condiciones de ayudarnos. Era una situación terrible y una

vergüenza para nuestras familias si se enteraban que la policía nos había esposado por causa de tomar en la calle. Entonces, empezamos a ver de qué otra manera podíamos librarnos y evitarnos ser regresados. Dentro del grupo había un amigo que hablaba perfecto español, tanto que el inspector se quedó impresionado de su fluidez. Y al final el inspector nos dijo que podíamos irnos condicionados; nos advirtió que al día siguiente débíamos salir del país, si no nos iban a reportar a las oficinas de migración por esa misma situación. Nos agarraron con una hielera llena de cerveza y ellos la tenían. Muy cuidadosamente, antes de retirarnos nos atrevimos a pedírselas para continuar en el departamento, pero ellos nos dijeron que no, que esas cervezas ya habían cambiado de dueño.

... Cuando llegamos al departamento ninguno de nosotros comentamos nada al respecto, porque fue una mala experiencia, aunque para nosotros fuera algo insignificante. Si bien ya habíamos pasado el susto, temimos ser retornados a Nicaragua, porque es uno de los peores países que atravesamos. Para nosotros fue una experiencia innecesaria.

En la mañana nos preparamos para dejar el país, debido al acuerdo que hicimos con la policía. A las ocho de la mañana ya estábamos en migración y nos dieron cita para las dos de la tarde. Retornamos a la casa para cocinar y prepararnos para partir y a la una regresamos para esperar el camión. Era un camión especial, porque en algunos países que atravesamos migración les aconsejó a los taxis que nos cobraran el doble. Para nosotros no era problema porque lo que queríamos era seguir. Cuando estábamos en el camión era la 1:30 y faltaban como tres personas. Simplemente al chofer no se le dio la gana esperar a los

demás y cuando tú pagas el boleto y no llegas, pierdes el dinero. Dialogamos con el chofer, pero no quiso acceder. Al menos lo intentamos. Verdaderamente para nosotros no era tan importante. Por desgracia uno tiene que pensar egoístamente y hacer lo que sea por encima de quien sea para defender su persona y seguir el objetivo. Los demás se quedaron y nosotros seguimos. Deseábamos darle vuelta a la hoja lo más rápido posible y continuar para salir de Honduras, pues pensándolo bien, no fue tan grato estar ahí.

En el momento del viaje todo mundo bromeaba con la impaciencia de descubrir otra tierra. En cada país que íbamos a cruzar afortunadamente hallábamos a algún amigo, familiar o conocido que ya había pasado por esa experiencia. Entonces, ellos nos explicaban cómo debíamos pasar, a quién le debíamos pagar o si podíamos pasar directamente. Cuando llegamos a la frontera de Guatemala en la madrugada, seguimos las instrucciones para que nadie nos robara nuestras cosas personales. Sabíamos previamente que nos encontraríamos con guías falsos, taxistas falsos, además de la gente de la calle de la que desconfíabamos, porque siempre querían sacarnos dinero. Pocas veces teníamos la suerte de no pagar. En esta ocasión pagamos para ir a migración, que estaba en un mercado.

Como los cubanos pagaban mucho dinero con tal de cruzar la frontera, los guías abusivos los hacían cruzar una colina para sacarles más dinero, mientras a nosotros nos permitieron cruzar directo. Al subir al taxi que nos conduciría a la frontera, el taxista nos dijo que ahí todos podíamos cruzar. Sin pensarlo mucho, en ese momento le pagamos cinco dólares más al taxista para que nos

proporcionara información. Es increíble cómo las personas le damos tanto valor al dinero y donde hay dinero se puede corromper cualquiera, por más firme que se crea. Muy, pero muy pocas personas nos daban algo sin pedir nada a cambio.

El camión tenía la música muy fuerte y mientras recorriamos las calles de Guatemala todo mundo nos miraba, como si jamás hubieran visto a la gente de color, o tal vez era qué nos veían con admiración, me gustaría pensar que era lo segundo. Fue algo extraño que en ocasiones la gente al vernos pensaba que éramos americanos y nos querían hablar en inglés. Lo que me da a pensar que no tenían idea de qué tipo de migración había llegado a esa frontera. Observamos el camino y nos dimos cuenta de que parecía la periferia.

Capítulo IX. Guatemala

Sin parar



Guatemala, para nosotros fue uno de los viajes más rápidos. Cuando el conductor del taxi nos dejó delante de las oficinas de migración, nos dimos cuenta de que no era en realidad la oficina de migración. Dentro de un mercado público había una oficina para recibir a los migrantes, en la cual obteníamos un documento válido por veinte días, aunque no nos debíamos quedar en la ciudad más de veinticuatro horas después de obtenerlo.

Mientras esperábamos el autobús buscamos un baño para lavarnos los dientes y un restaurante para comer. Estábamos revueltos con los cubanos, quienes también habían hecho la ruta en grupo. Mientras nos alistábamos, una señora llegó a ofrecernos café. Era una señora religiosa con un gran corazón, quien después nos dio de comer a todos e hizo con nosotros una oración bella y larga. Nos sentamos y conversamos con ella, fue una bendición. Sintió empatía por nosotros, pues nos hizo saber que

era consciente del sufrimiento por el que habíamos pasado, estábamos pasando y pasaríamos aún. Era extremadamente raro que alguien se pusiera en nuestros zapatos, nadie lo había hecho hasta ese momento. Fue como si hubiese estado observando esas humillaciones por las que atravesamos. Fue tan hermosa la sensación que nos produjo, al punto de que no pudimos esconder nuestras lágrimas. Estábamos en un punto de quiebre, como dice la Biblia, como vaso frágil. Podemos leer en Apocalipsis 21:4, versión Reina Valera (1960): "Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor; porque las primeras cosas pasaron". Ya había terminado un episodio más. Extrañábamos ver a alguien mostrando compasión y aceptación.

Ella nos brindó su ayuda, aunque no tenía muchos recursos, por lo que nos sentimos muy satisfechos con lo poco que pudo hacer. Muy poca gente nos había acogido —hasta ese momento— de tal manera. Ella no podía quedarse por mucho tiempo con nosotros; hubiera sido muy buena su compañía, ya que nos quedaban más horas para esperar el autobús. La señora prometió que regresaría mañana si Dios así lo quería. Y así lo haría cada día para ayudar a otros grupos de migrantes, porque ellos seguían llegando cada mañana casi a la misma hora. Pero no pasó más de medio día antes de que emprendiéramos nuestra ruta hacia México.

Tan pronto los autobuses llegaron, nos formamos en fila a esperar a que nos llamaran por nombre para tomar nuestros lugares. Eran tres autobuses que iban a transportar a alrededor de 150 personas. Tan pronto como todos estuvimos en el autobús, los policías realizaron una

verificación, para ver que todo estuviera bien. Hubo algunos que no pagaron y aquellos que apenas tenían el suficiente dinero para hacerlo.

No había un día en que no pensáramos que las autoridades o los "coyotes" abusarían de nosotros, porque ellos no deberían habernos llevado a una terminal de transporte terrestre; nosotros mismos podíamos haber comprado los boletos, pero eso no tenía tanta importancia porque ya queríamos salir de ese país y avanzar al siguiente.

El camión finalmente salió en marcha para llegar a la capital, y desde allí teníamos que tomar otro para llegar a la frontera de México. Pasamos unas horas en el corto viaje, no pudimos descansar porque el autobús no era muy cómodo.

Durante el viaje, en el autobús platicábamos sobre la posibilidad de vivir en México y sobre la opción de deportación. Eran cosas en las que pensábamos todo el tiempo. No podíamos dejar de tener esos pensamientos. Imposible detener a la mente en circunstancias así. Paulo Coelho decía: "la posibilidad de realizar un sueño es lo que hace que la vida sea interesante". Nuestra mente jugó un papel fundamental en esta travesía. Uno definitivamente tenía la responsabilidad de domar los pensamientos; porque podía ser provechoso mantener la mente libre, pero no en las circunstancias tan difíciles y embarazosas que pasamos, donde si no la tienes domada, puedes perder el control y terminar loco. Este mismo autor decía que cuando alguien desea algo debe saber que corre riesgos y por eso la vida vale la pena. No importaba al final dónde terminaría, si en Estados Unidos o en México; ya me sentía ganador

con el solo hecho de llegar vivo a cualquiera de esos dos lugares. El riesgo valió la pena.

Llegamos a la capital de Guatemala por la noche, cerca de donde estaba migración. Pensamos que íbamos a poder dormir, pero pronto continuamos la ruta. Solamente teníamos que realizar el trámite e imprimir y fotocopiar los documentos necesarios para estar ahí. Todos nos dijeron que con ese papel podíamos quedarnos veinte días en el país —como si uno estuviera interesado en quedarse un segundo más—.

Por consiguiente les agradecimos su hospitalidad y nos dirigimos hacia la terminal de camiones para comprar nuestros boletos. Cuando llegamos todo estaba cerrado. En Guatemala el autobús no tiene vida nocturna como en ciertos países que habíamos pasado, y no podíamos comprar nada. En el último minuto vimos una vendedora ambulante que vendía frituras, pero la cuestión era que no quería aceptar dólares. Le explicamos que éramos turistas, una historia que ayudó a que cambiara de idea. No tenía gran cosa para comer, pero eso nos bastaría para llegar a México.

En cuanto pudimos nos repartimos para ir a comprar nuestros pasajes, y el vendedor de boletos nos quería cobrar —el muy abusivo— el doble del precio, lo cual no aceptamos y le dijimos que nos esperaríamos a que alguien más nos diera el precio normal, ya estábamos hartos de tanto abuso e impunidad. El precio del viaje era de diez dólares y él quería cobrarnos veinte. Lo que ellos ignoraban era que teníamos conocimiento de los precios, de casi todo, porque los que ya habían pasado nos habían explicado paso por paso su experiencia, costos, precios,

todo. No ignorábamos el verdadero costo. Entonces él, ya dándose cuenta de que nosotros sabíamos el precio, nos dijo que nos subiéramos al autobús.

Por desgracia cada país por el que cruzamos contaba con su propio armamento del mal; nos saqueaban, nos cobraban caro las comidas, el agua, los taxis, el cambio del dólar, maltratos físicos, verbales y, aun así, pudimos continuar nuestro camino.

A las cinco de la mañana estábamos llegando a la frontera entre Guatemala y México. En esta frontera los taxis eran bicicletas con una cabina que podía transportar a tres personas máximo. Nos dijeron que no podíamos cruzar sin pasar primero por la aduana mexicana para tener la visa, que debíamos pasar sobre un río y ellos sabían que nosotros no podíamos rechazarlo; en realidad no todos teníamos pasaporte. Nos concentraron a la orilla del río, el cual debíamos atravesar en una balsa. Desafortunadamente todo lo cobraban en dólar, algo inentendible e inexplicable.

México

Renacimiento de una nueva esperanza



Llegar a la victoria es pasar por infinidad de pruebas, luchas, caídas, decepciones, dolor; nadie puede decir que ha alcanzado la victoria si no ha vencido todo esto primero. Sufrimos mucho en el camino, padecimos infinidad de aflicciones, desconsuelos. De igual modo, padecimos injusticias, humillaciones, altercados, amenazas, asaltos; pasamos por el valle de la muerte. Por eso ahora puedo decir que cada uno de los que llegamos a México estamos más que agradecidos con Dios y con la vida, porque hasta aquí podemos deciros vencedores.

Es triste darse cuenta de que solamente padeciendo necesidad es cuando el ser humano empieza a invocar a Dios, es curioso que necesitemos padecer algún tipo de angustia para voltear hacia el cielo y clamar a Dios. Y es curioso que después de que pasaste por todos esos tormentos y estás ahora con trabajo, en un lugar donde dormir y sin pasar hambre, vuelvas nuevamente a olvidarte

de Él. El ser humano tiene mucha maldad dentro de sí, y se nos olvida rápidamente que existimos gracias a esa bondad infinita de Dios.

Todos los migrantes haitianos que están en Brasil sabían que México sería la segunda opción de destino, ya que todos tenían la intención de llegar a Estados Unidos. Pero en el caso de que no pudieran llegar, México sería el lugar donde se quedarían. No pasamos por la frontera para ingresar a México. Como nadie tenía una visa, optamos por realizar el cruce a México por el Río Suchiate, sobre balsas que nos llevaron del lado guatemalteco al lado mexicano. Tras cruzar el río, tuvimos que tomar un taxi para dirigirnos a Tapachula, ya que ahí tendríamos que ir a migración para que nos dieran un permiso de estancia.

Para nosotros era conveniente llegar durante sus horarios de atención, es decir, de 8:00 a.m. a 12:00 p.m. El taxi nos llevó al centro de la ciudad, de ahí caminamos alrededor de cuatro kilómetros para llegar a la estación migratoria. Tuvimos suerte de que no había muchas personas, sólo éramos nosotros, los del grupo.

Realizar el trámite de permiso tomaba todo el día, por lo que nos tuvimos que quedar en la estación migratoria. Apenas un mes antes, migración estaba deportando a todos los haitianos, pero cuando llegamos nosotros les estaban dando permiso de estancia por un mes. Si decías que eras del Congo, te detenían por lo menos un mes. Después de que nos otorgaron los permisos, tuvimos que buscar un lugar donde hospedarnos, porque los autobuses con rutas desde Tapachula hacia el norte sólo salían dos veces por semana, los miércoles y los sábados. Pudimos encontrar lugares donde nos hospedaron por dos o tres

dólares por noche. También había lugares donde no nos cobraban nada, pero a cambio teníamos que contratarles su servicio de transporte, ya que tenían camiones que se dirigían al norte, los cuales costaban \$1200 pesos.

Nos quedamos una semana para prepararnos antes del viaje. No sólo para llegar frescos y limpios a Tijuana, sino también para que nuestros familiares nos enviaran más dinero. Mientras tanto, usamos ese tiempo para distraernos un poco, salir a pasear y conocer Tapachula. Todos los días era la misma rutina, comer, comunicarse con la familia, estar en espera del día de partida y dormir. Había algunos del grupo que tenían el dinero suficiente para seguir su camino y continuaron. Sin embargo, el resto nos dimos a la tarea de juntar dinero hasta que cada persona del grupo tuviera para el viaje. Al final, decidimos salir el sábado a las 4:00 p.m. Sólo nos teníamos a nosotros mismos. Ya habíamos convivido durante todos esos meses, así que nos íbamos convirtiendo en una verdadera familia; cuidándonos unos a otros. Este era, por decir, el último empujón entre todos para llegar a Tijuana y de ahí cada quien vería cómo cruzar a Estados Unidos.

Salimos en dos camiones. íbamos con la esperanza de ir conociendo otros lugares durante el viaje. El viaje duraría cuatro días, pero se retrasó porque a uno de los camiones le falló el motor y tardaron medio día en repararlo. Llegamos a Tijuana a los cuatro días y medio. En el camino nos comunicábamos con amigos que ya habían llegado antes para saber a dónde irnos. Los primeros haitianos que habían llegado a Tijuana en los meses de mayo, junio, julio y agosto no tenían dónde hospedarse y se instalaron en la calle, al lado de un lugar conocido como el Desayunador del Padre Chava. El gobierno de Tijuana jamás se imaginó

que entrarían por sus puertas tal cantidad de extranjeros en un lapso de tiempo tan corto. Debido a la cantidad de haitianos, africanos, musulmanes, etc., que estaban llegando a diestra y siniestra, fue que otras organizaciones como las religiosas empezaron a abrir, de igual modo sus puertas para albergar a la cantidad de personas que estaban durmiendo en la calle.

No era algo que no pudiéramos hacer, veníamos de dormir en la selva, donde podías ser devorado, picado, o morir a causa de un animal salvaje; así que dormir en la vía pública y hacer nuestras necesidades en ella no era problema. En la vida de esta ciudad había pasado por sus calles un éxodo de raza negra. Asimismo fue que Tijuana empezó a cambiar su fisionomía. Éramos una barbaridad, incontables. Según cálculos del Colegio de la Frontera Norte, llegaron a esta frontera entre 15 000 y 20 000 haitianos. Lo mismo informaron los medios de comunicación. Y los que nos quedamos en Baja California, en septiembre de 2017 éramos aproximadamente 5000.



Al principio, era algo increíble el ver como los migrantes se acostaban en la calle frente al comedor del padre Chava. Cada vez que un migrante llegaba a la ciudad al primer lugar que lo llevaba el taxi era al comedor del padre Chava porque todavía no había ningún albergue que estuviera dispuesto a recibirnos.

Ahora sé que Tijuana es una de las ciudades a donde más llegan migrantes de diferentes partes del mundo. Ya sea para usarlo como puente para cruzar a Estados Unidos o, como pasó con nosotros, para radicar aquí.

Las primeras expresiones de los tijuanenses al vernos por sus avenidas fueron de desagrado, de descontento, de discriminación. Parecía que jamás hubieran visto a un negro. Sí habían visto algunos de manera aislada, pero no a tantos, y reconozco que eso asustaba. Pensándolo bien, si estuviera en su posición probablemente pensaría lo mismo. Sé que en ese momento no teníamos nuestro

mejor aspecto. Y no todos los haitianos son personas buenas, como tampoco todos los mexicanos lo son. En este éxodo salieron de Haití y de Brasil tanto buenos como malos.

Llegamos con una cara de cansancio extremo, con un hambre feroz, con problemas de salud, con problemas emocionales fuertes; ¡lo que anhelábamos era ayuda! Bañarnos, cambiarnos y un lugar donde reposar por horas, más que comer. No podíamos ya sostenernos físicamente.

Muy, muy aparte de lo que deseábamos, la realidad constaba de retomar fuerza, hacer una fila al lado del Desayunador del Padre Chava, donde atinadamente instalaron un módulo del Instituto Nacional de Migración (INM), en colaboración con la Dirección Municipal de Atención al Migrante a cargo de la Lic. Rosario Lozada, quien muy amablemente nos atendía y nos sellaba el oficio de salida de Tapachula, el cual indicaba la fecha para cruzar a Estados Unidos. Y a un costado ponían un símbolo que no se podía, según ellos, clonar. Ya fuera un círculo, una estrella, un cuadrado, un diamante, un trébol, todos con su respectivo color, el cual podía variar. Esto fue muy ingenioso de su parte, pero el haitiano no tiene límites, podíamos ingeniarlos para modificar todo. Una de las cosas que desarrollamos desafortunadamente en esta travesía era el saber cómo manipular la situación y poner las cosas a nuestro favor.

El INM buscó la manera de organizar las salidas conjuntamente con el gobierno estadounidense para recibirnos. Por lo que, el INM generalmente llevaba grupos de alrededor de cincuenta personas por día. Además, esta misma institución, con ayuda del Grupo Beta a cargo del

Lic. Alejandro Salinas y su equipo de trabajo, eran quienes distribuían a las personas en los albergues que se estaban abriendo en diferentes partes de la ciudad.

Yo me conecté con un amigo que me esperó en el Desayunador del Padre Chava y de ahí me dirigió a una calle que se llama Cañón del Alacrán, justo donde está ubicado el Templo Embajadorés de Jesús. Sinceramente, ya estaba desesperado y no quería entrar en la espera con las asignaciones y distribución de grupos para llegar a un albergue. En el Templo Embajadores de Jesús —a cargo del pastor Gustavo Banda Aceves y su esposa Zaida Guillén López— igual que en otros lugares, se anotaban en una lista conforme iban llegando y así es como se iban yendo. Ellos les daban prioridad a las mujeres con hijos, a las embarazadas y a los enfermos para irse antes.

Los números los usaban no sólo para tener un conteo de las personas que estaban recibiendo, también servía para facilitar la coordinación con el INM con el fin de llevar a las personas a la garita, ya que los grupos los podían formar fácilmente con la asignación de números. De esa manera, las personas migrantes no tenían que hacer fila para que les dieran una fecha. Me habían contado que de ahí llegaban a irse hasta treinta por día y que la mayoría de los que cruzaban, lograban llegar a su destino en Estados Unidos, que en su mayor parte era la Florida, lugar al que llegaban con algún familiar o amigo. Los que no tenían este privilegio hacían contacto con algún pastor haitiano que les pudiera recibir.

El Templo Embajadores de Jesús es una iglesia; no obstante, ante esta situación de emergencia se convirtió en un refugio, por lo que funcionaba de las dos maneras.

Era el refugio más grande, podía albergar hasta 600 personas. Ningún otro lugar tenía esa capacidad. Los miembros de esa iglesia, especialmente la familia Ortega, eran quienes estaban ahí día tras día, distribuyendo los lugares, proporcionando cobijas, cosas de aseo personal, repartiendo ropa, comida, etc.

El trato era diferente, humano, de respeto, comprensivo, algo que no habíamos visto en ninguna otra parte, excepto con la señora que sintió empatía con nosotros en uno de los trayectos. Aquí recibían a la gente a cualquier hora, fuera en la mañana, en la noche o en la madrugada. La puerta nunca estaba cerrada. Pero, aunque la puerta no se cerraba, muchos haitianos que recién llegaban lo ignoraban, por lo que muchas familias que llegaban a las 2, 3 ó 4 de la madrugada y se quedaban afuera pasando frío hasta que amaneciera y les ofrecieran un lugar. Familias completas. Era algo verdaderamente impresionante.

En todos los lugares donde estuvimos había infinidad de reglas, pero aquí no había aparentemente ninguna. Todos los demás tenían horario para despertarse, comer, bañarse, salir, entrar; aquí no. Había dos lugares muy reglamentados; en uno de ellos a las cinco de la mañana te sacaban con el frío que hacía, sin importar que fueran mujeres con niños o mujeres embarazadas. Esa era su norma. Además, propiamente no era un albergue; te daban de desayunar y tenías que vagar por la ciudad hasta las cuatro o cinco de la tarde, cuando te volvían a dar entrada si es que alcanzabas lugar. Había otro que era de puros hombres, donde igual te sacaban a las cinco de la mañana y a las seis de la tarde ya tenías que estar de regreso, por mencionar algunos ejemplos. Se comprende, esas eran sus normas y teníamos que respetarlas.

Sin embargo, en el Templo Embajadores de Jesús, no existía eso. Tú podías entrar a la hora que quisieras, pero a las nueve se apagaban las luces y todos a dormir. Así fueron los primeros meses porque la pastora y su esposo trabajaban, entonces también tenían que descansar un poco. Por decirlo de alguna manera, su jornada de trabajo era continua e interminable, porque si alguien necesitaba algo en la madrugada —que era muy común— ellos tenían que atenderlo. Por lo que necesitaban tener un rato de descanso. Como indicativo de la hora para dormir la pastora cantaba una canción, con la cual nos daba a entender que ya teníamos que apagar todo; decía más o menos esto: "Hasta mañana, si Dios quiere, que descanses bien, llegó la hora de acostarse y de soñar también, porque mañana será otro día y hay que vivirlo con alegría...". Era algo inusual y muy chistoso. Nosotros nos reímos de ella. A pesar de que se ponía muy estricta con la gente, resultaba tener sus ratos locos.

Sin embargo, me tocó la mala suerte de que cuando llegué ya no había espacio. La pastora nos indicó a varios que ya no podía con tantos y que tenían que enviarnos a otro lugar, por lo que nos refirieron con el INM, el cual sólo pudo llevarnos a la calle frente al Desayunar del Padre Chava. Esto fue alrededor de las ocho de la noche y, pues a tu suerte tenías que buscarle donde pudieras, en un hotel o en otro albergue. Me puse en contacto con un amigo que estaba quedándose cerca de la línea, donde había espacios en carpas para pasar la noche.

Sobrevivientes, ciudadanos del mundo



Cañon de las alacranes, la iglesia Embajadores de Jesús, aquel albergue que recibió a casi la mitad de los migrantes haitianos por más de seis meses. La iglesia tenía a más de quinientos haitianos entre hombres, mujeres, niños; todo el mundo estaba interesado en llegar ahí porque era el único albergue en donde migración mandaba de diez a treinta personas a diario, es decir que cada día llegaban más personas que las que salían.

Siempre había comida y era fácil obtenerla, pero en ocasiones la gente pasaba más de cuatro horas en la fila del baño, antes que el pastor Gustavo y su querida esposa — que son considerados como los protectores y parientes de los haitianos, especialmente por mí— agrandaran el baño para facilitarles el uso a los migrantes.

Todavía hay unas cien personas en este albergue, a tal punto que la iglesia inicio un proyecto desde finales del año 2016, el cual llamaron Little Haití (Pequeño Haití).

Pero como soy un hombre necio e insistente, a pesar de no haber sido aceptado en el Templo, regresé al siguiente día temprano para buscar de nuevo un espacio para mí. Sabía que en ese lugar la gente se iba pronto y llegaba a su destino. Dios estaba ahí, porque muchos que estuvieron en esa iglesia llegaron con sus familiares o amigos. De tal suerte que insistí y me quedé. Además yo también estaba procurando estar con mi amigo, quien ya sé encontraba en ese lugar, porque queríamos intentar ingresar juntos. La idea era cruzarnos e irnos a casa de mi madre, quien desde hace varios años vive en Florida.

Mi llegada a Tijuana fue el 8 de diciembre del 2016. Noviembre y diciembre, se puede decir, fueron los meses en los que fue más fácil ingresar a Estados Unidos sin ser deportados. Fue como un tiempo de gracia. Algo le pasó a Obama, seguramente porque antes de eso se le había declarado como el presidente estadounidense que más deportaciones había hecho. A muchos de los haitianos les benefició ese cambio tan repentino, por el que se les dio acceso a esa nación.

Algunas autoridades pedían sobornos; iniciaron con 200 dólares y al final terminaron cobrando 400. Quien los tenía, pues los pagaba para ingresar antes de la fecha asignada. Muchos, sin saberlo, estaban pagando por su deportación. Sobre todo los que pasaron en los meses de septiembre y octubre. De hecho, también hicieron su labor los "coyotes", y no podría mencionar alguna cantidad, pero efectivamente hubo haitianos que tomaron ese camino; no tuvieron suerte. Los cobros eran entre cinco mil y siete mil dólares. Mitad aquí, mitad cruzando.

A los que les llegaba su turno de presentarse en las oficinas de migración estadounidense, esperaban una semana, dos semanas o hasta un mes para que se tomara la decisión de dejarlos ingresar a Estados Unidos o ser deportados hasta Haití.

Desde el momento en que llegamos a Tijuana, los agentes del INM nos explicaron que no nos podrían dar papeles para quedarnos en México. En realidad ese no era el objetivo que estábamos persiguiendo. Algunos haitianos pensábamos que los albergues recibían bastante dinero de parte del gobierno por ayudar al migrante, y que por eso no les convenía que nos fuéramos de esos lugares. Para nosotros, ellos estaban siendo beneficiados gracias a este pueblo. Platicábamos y pensábamos que los mexicanos querían que nos quedáramos en la ciudad para tener personas negras en ella.

Seguramente, como en todos lados, varios albergues se beneficiaron por la partida que cada gobierno tiene para estos asuntos. Pero no todos. Descubrimos que en otros lugares los pastores de otras iglesias que se habían abierto, estaban cobrando 200 pesos por noche. Ellos decían que no era cierto, pero sí lo era. Nosotros mismos lo sabíamos, teníamos conocidos en todos los lugares y nos comunicábamos constantemente. Ahora que lo pienso, era lógico, pues no tenían recursos como los lugares establecidos para atención al migrante. De alguna forma debían cubrir los gastos que generaban los haitianos. Puedo comprenderlo.

En el templo donde estábamos no había ningún tipo de cobro; era una iglesia establecida como refugio, donde la fe de los pastores fue la que logró el sostenimiento de tanta

gente. Fue un refugio, digamos de emergencia, debido a que tenían la forma de darnos un lugar donde dormir. Después descubrimos que los pastores contaban con una fundación, la cual se llama Fundación Regalando Amor, A.C. Sin embargo, sus estatutos no decían "migrantes", sino ayuda a familias desintegradas y niños de la calle. Aun así, por medio de esta fundación fue que llegó ayuda del gobierno, pero no con la misma fuerza como llegó a los lugares de atención al migrante.

Se cubrieron las necesidades de comida, cobijas, colchonetas, agua y jornadas médicas muy oportunas. En un tiempo, asistieron infinidad de grupos altruistas que venían a apoyar, como Los Ángeles de Frontera, a cargo de Hugo Castro y Gaba Cortés, que son los que más recuerdo. Agradezco a la comunidad tijuanense porque se solidarizó con nosotros aportando toda clase de víveres, ropa, etc. Me impresionaba ver cómo día tras día durante esos meses llegaban las bendiciones de Dios a ese lugar. La comida abundaba, ésta era una de las cosas que más me fascinaba, obvio. Asimismo también me tocó ver la colaboración de la Organización Mundial de las Migraciones (OIM), a cargo de Christopher Gascon. Ellos le proporcionaron a la iglesia mesas, sillas, ollas de todo tipo para cocinar, cuchillos y un zinc industrial para poder alimentar a tanta gente. Verdaderamente fue una valiosa ayuda.

Desde luego, la ayuda proporcionada por Atención al Migrante, el departamento de Desarrollo Social Municipal, SEDESOL, la Iglesia Metodista de San Diego, a cargo del pastor Elise, la Fundación Siloe de la Misión, grupos de médicos coreanos de San Diego, un personaje altruista anónimo que vive en Los Ángeles, y desde luego la comunidad tijuanense.

Asistieron a nuestro auxilio diferentes iglesias de la localidad sin importar la religión. Ahí vi participar a los adventistas, a los bautistas, presbiterianos, a los católicos, y hasta los ateos participaron con su valiosa colaboración. Fue una experiencia increíble. Después de un tiempo se unió otra institución llamada Espacio Migrante, a cargo de Paulina Olvera Cáñez, la cual se dio a la tarea de buscar apoyo de abogadas no sólo de la ciudad, sino de Estados Unidos. Éstas nos apoyaron con pláticas sobre nuestros derechos en México, pues ya estaban viendo que difícilmente todos podríamos cruzar y que muchos nos quedaríamos atorados en este país. Que nos proporcionaran esa información fue muy significativo para el pueblo haitiano. Desearía mencionar a todos los que se involucraron en esta labor tan inimaginable, pero no recuerdo los nombres de todos.

Algo que me llamó mucho la atención fue la labor que hizo un joven llamado Terry y dos de sus amigos; ellos se dieron a la tarea de llenar la iglesia de colchones para todos. Venían desde Santa Mónica, California —si mal no recuerdo—. ¿Cómo le hizo para cubrir esa necesidad, a quiénes les quitó tantos colchones buenos que no nos permitieron pasar el frío? Su labor fue muy notable y me siento infinitamente agradecido por eso. Nos proporcionó comodidad y descanso.

Aun con todo esto, muchos haitianos se empezaron a desesperar ante la expectativa de tener una oportunidad de ingresar a Estados Unidos. En el Templo a veces todo se salía de control con las salidas; era muy difícil controlar a tanta gente y todos queriéndose ir, aunque no les tocara turno. A veces nos tranquilizábamos, a veces no.

El INM ya sabía que el ingreso a Estados Unidos para los haitianos se iba a complicar y estaba al tanto de la cantidad de deportados; por lo que tenía sentido que nos presentaran la opción —justo en este momento— de quedarnos aquí a través de una visa por razones humanitarias. Esta opción no era lo que hubiésemos deseado, pero era lo que teníamos sobre la mesa para tomar. Algunos, al ver que las cosas se ponían difíciles, después de haber sufrido tanto, tomaron inexplicablemente la decisión de ser retornados a Brasil o a Haití, por lo que el gobierno les facilitó las cosas para su viaje.

Otros como yo hemos decidido quedarnos en Tijuana. No fue una decisión fácil, especialmente por el esfuerzo y apoyo que los habían brindado nuestros familiares para realizar este viaje a fin de llegar con nuestras familias radicadas en Estados Unidos, con la expectativa de que ya estando allá les recompensaríamos con nuestro trabajo. La mayoría adquirieron deudas en Haití con el banco, con sus amigos, con sus familiares, o vendieron lo poco que tenían con tal de perseguir el "sueño americano". Qué ilusión tan falsa. Después de todo esto, regresar no era algo justo.

Al final, puedo decir que fue una decisión que tomó Dios, la cual en comparación con lo que nos esperaría en Estados Unidos, fue la mejor. Tengo amigos que aún siguen presos en alguna cárcel de EE.UU. esperando ser deportados, y otros que ya se encuentran en Haití. Tristemente gran parte de ellos no vivían en Haití. Algunos ni siquiera tenían familiares allá. Habían sido criados en Brasil, en República Dominicana o en Chile; no me quiero ni imaginar el triple sufrimiento que vivieron al llegar allá, a un país que no conocían, sepa a dónde y sepa con quién. El primer sufrimiento fue causado al salir de su lugar de

origen y dejarlo todo para apostar a la nada; el segundo, llegar a una ciudad fronteriza, no conocer a nadie y buscar su supervivencia; y el tercero, pasarse meses en la cárcel sin ser delincuentes, sólo por el simple hecho de querer tener una vida mejor; convivir con verdaderos criminales y padecer nuevamente frío y hambre.

En mi caso, tenía la esperanza de poder ganar más dinero del que ganaba en Brasil. Allá nos pagaban al mes aproximadamente 1300 reales, que serían como 300 dólares. Pero descubrí que aquí en México ese pago es a la semana o a la quincena, maravilloso. Me di cuenta de que aquí en México el dinero no es tan importante; puedes comer bien con poco dinero. Puedes trabajar y descansar por la tarde o trabajar por la noche y descansar por la mañana. En Estados Unidos no tendría la paz que me ha tocado vivir en México. Sé que hay gente que debe tener hasta tres trabajos para poder sostenerse. Además, aquí no hay racismo al mismo grado que en Estados Unidos, sentimos el respeto de la mayoría de la gente. Aprecié la ventaja de que aquí, al ver que no nos cruzaríamos y que eso ya no era una opción, encontramos la forma de trabajar sin papeles y sin problema alguno.

A partir del 10 de enero del 2017, ya no se podía ingresar a Estados Unidos. Sólo las mujeres embarazadas y con niños tenían posibilidades y, aun así, muchas fueron deportadas, tristemente algunas a escasos días de parir y terminaron pariendo en Haití. Así que quedarse fue la única opción real para alrededor de 5000 personas haitianas que estaban viviendo en Baja California. Actualmente, la cifra ha disminuido porque muchos solicitaron su retorno; según la información que me proporcionó el INM, tentativamente estamos aquí entre 2500 y 3000.

Mi percepción sobre las fronteras

Brasil

Sabemos que, en todo el mundo, el comercio fronterizo es una de las fuerzas económicas que cada país comparte con su país vecino, pero algunos de ellos no pueden beneficiarse de esta oportunidad por falta de producción. Este es el caso en las Américas, ¡generando pobreza en muchos países!

La mayoría de los países de las Américas están conectados por sus fronteras, sin embargo, esto no les impide tener grandes deficiencias económicas.

Para comenzar este estudio, crucé varios países y tomé el tiempo para ver que algunos intercambios se realizan de maneras particulares. Así, Brasil es el único país que comparte una frontera con Francia a través del departamento de Guyana. Los únicos dos países de América del Sur que no comparten frontera con Brasil son Ecuador y Chile.

No hemos podido visitar todas las fronteras compartidas por Brasil, pero realizamos un estudio visual del comercio fronterizo entre Bolivia y Brasil. Estos países tienen importaciones muy diferentes en América del Sur. Brasil es el distribuidor más poderoso de la agricultura de esta región y Bolivia es uno de los países más pobres de América del Sur. Esta frontera se ha vuelto cada vez más insegura debido al intercambio de cocaína que están realizando los distribuidores de dichos estados. Pero claramente Brasil siempre ha tenido su manera de progresar debido a su cría de ganado y a la agricultura, que son intercambios muy poderosos entre ellos. Sin embargo, este intercambio

parece ser más o menos singular porque Bolivia casi no tiene nada que ofrecer a Brasil, excepto inmigrantes. Brasil es también conocido como un país que abre sus puertas y da la bienvenida a los inmigrantes, de igual forma es considerado una superpotencia. A pesar de su caída de la Copa del Mundo, Brasil sigue siendo el líder de Sudamérica.

La frontera entre Brasil y Perú es una de las fronteras más pacíficas porque el comercio no tiene lugar de la misma manera que en Guyana (provincia de la metrópoli francesa). Entre Brasil y Perú hay menos drogas. Los peruanos usan esa frontera para entrar y trabajar porque en Brasil el trabajo es más fácil si se le compara con el de los países de Sudamérica. Brasil es un 'lugar donde cualquiera puede conseguir papeles rápido y fácil.'

Perú-Ecuador

En la frontera entre Perú y Ecuador, la atmósfera económica es manejada por un mercado muy activo. En casi cada frontera estudiada, desafortunadamente, la prostitución es uno de los oficios más difundidos. Esto es bien conocido.

Ambos países tienen monedas diferentes, el Ecuador maneja el dólar estadounidense, que todavía empuja un intercambio muy grande con el Perú. Esto, sin duda, da una forma de paso para los narcotraficantes y los traficantes de seres humanos que han hecho aún más fácil para los inmigrantes de Brasil, Venezuela y Chile cruzar la frontera.

Ecuador-Colombia

Colombia es conocida como uno de los principales países productores de cocaína del mundo. En su frontera compartida con Ecuador, por ejemplo, usaban las montañas cercanas a la frontera para transportar cualquier tipo de cosa ilegal. Los inmigrantes conocían algunos de estos caminos porque no todos podían ir directamente, así que había encrucijadas que atravesar. Las casas allí tenían un sistema de alarma. De tal suerte que la delincuencia en la frontera era más popular que la paz.

Colombia-Panamá

De hecho, no hay frontera entre Colombia y Panamá, entre ellos hay un bosque llamado Darien Gap, el cual tiene el promedio más alto de traficantes que circulan sus drogas. En general, estos dos países no comparten amor entre ellos y hay sólo un pasaje posible para viajar de Colombia a Panamá, es por vía aérea, porque no hay otro camino que recorrer, a menos que decidas cruzar todo el bosque que tiene unos 160 km de largo. Los inmigrantes utilizan este camino peligroso para cruzar y entrar en el suelo de Panamá (más detalles en el libro).

Panamá-Costa Rica

Es la primera frontera donde vi que había una especie de libertad entre ambos países. Como cosa fuera de lugar existe, aunque usted no lo crea, un centro comercial para ambos territorios. Vas y vienes con mucha facilidad. Sin meterte en problemas.

A lo largo de todas las fronteras, la droga está muy mal controlada por las autoridades porque los jóvenes son más inteligentes que ellos. En la frontera entre Panamá y Costa Rica, la venta de marihuana es muy popular. Da más trabajo a la policía, no obstante, como algo contradictorio la paz reina en toda la frontera.

Las poblaciones de ambos territorios son capaces de transitar y regresar sin ningún problema, lo cual facilita mucho más la vasta circulación de drogas. Lo que resulta ser muy favorable para todo este tipo de personas sin escrúpulos que entran y salen a su antojo.

Costa Rica-Nicaragua

Desafortunadamente es el lugar menos agradable, las personas no son muy amables. La base de su frontera es la aduana, porque Costa Rica no se involucra en ningún tipo de relación con su vecino en la forma de un mercado, como se ve en otras fronteras. Para un nicaragüense es obligatorio cruzar el suelo costarricense con una visa, porque estos dos países no tienen el mismo nivel económico. Aquí las cosas se manejan de otra manera, el nicaragüense que vive en Costa Rica debe tener una tarjeta de residencia, si no, será deportado. Así de fácil.

¡El único comercio permitido en el cual no necesitas documentos es el mercado de la prostitución!

Nicaragua-Honduras

Nadie puede describir la situación de la frontera entre Nicaragua y Honduras, debido a la forma de cruzar a

Nicaragua. Muy pocos saben cómo es la realidad en esa frontera, porque es uno de los territorios que no habían sido analizados, no sólo porque es ilegal cruzarla, sino que además no se aceptaba que los inmigrantes pusieran pie en sus suelos sin tener una visa.

Honduras-Guatemala

Es la frontera más tranquila que cruzamos porque la actividad comercial era bastante débil en comparación con otras fronteras que fuimos capaces de cruzar. El objetivo principal del viaje no era analizar las fronteras, pero yo —que soy muy observador—, lo tomé como parte de mi experiencia desde el principio hasta el final, cada pequeño detalle importaba.

Guatemala-México

México es el primer país de América del Norte cuando se llega a través de Centroamérica. Guatemala es muy abierto con México —si uno toma en cuenta cómo fue el proceso para cruzar la frontera—, pero las actividades económicas de los dos países comparten un comercio fronterizo muy rico, sobre todo de café. No había grandes novedades en comparación con las otras fronteras que habíamos atravesado, era casi lo mismo, pero a mayor escala.

México-Estados Unidos

La frontera entre los Estados Unidos y México abarca cerca de 3200 kilómetros, y se extiende desde el océano Atlántico hasta el océano Pacífico. Bautizada como "la

tortilla de la frontera", es la frontera más transitada del mundo, con 181 millones de personas que se cruzaron alrededor de toda la frontera compartida con los Estados Unidos de América (2015).

Sin embargo, entre 2016 y 2017 los inmigrantes tomaron dos rutas para cruzar por Baja California, las cuales les facilitaron llegar a su destino. Este hecho nos dio un poco más de tiempo para hacer un estudio más amplio sobre las fronteras, particularmente el de Tijuana.

Esta ciudad fronteriza juega un papel muy importante en la economía de México. Es una de las ciudades más buscadas por los inmigrantes; hay fácil acceso al sexo y las drogas, razón por la cual los estadounidenses la frecuentan mucho, además de su rica gastronomía y cultura.

La delincuencia en esta región es más fuerte que las fuerzas armadas, pero esto no impide que la población esté contenta. El corazón de la ciudad es la calle Revolución de la feliz Tijuana. Los artesanos y artistas desempeñan un rol muy trascendente para la imagen de la ciudad. La economía de esta frontera es dinámica, se puede decir que un poco apacible; pero efectiva.

Realidad

Yo me pregunto a veces: ¿a qué le tememos verdaderamente? ¿A morir, al diablo, a la enfermedad o a un fracaso? Sabemos que no hay que preocuparse por los fracasos, pero sí por las oportunidades desaprovechadas. En la vida uno tiene dos opciones y las dos son aceptables: asumirnos responsables de nuestra vida y hacer lo máximo con nuestras posibilidades a fin de cazar la oscuridad; o dejarte guiar por tu voluntad propia, con lo cual jamás te quedarás en la oscuridad. Porque un pez dentro de un pozo no puede conocer el océano.

No admitas que tu miseria ya está escrita, que ese es tu destino; nuestro destino lo escogemos cada quien. Nosotros tenemos un lápiz y un borrador, y tenemos que saber cómo utilizarlos para causas más justas, pero no estarán ahí todos los días. Todos hemos hecho sacrificios en la vida a causa del dinero, sacrificios que no hacemos jamás por el amor. Aprender que somos humanos, que tenemos un corazón y que sólo hay que colocar nuestras manos encima de él para sentir un latido que te dice que estás vivo. Ese corazón es tu hogar, al cual dejarás de entrar el amor de Dios, que habitará ahí y remplazará al odio y al diablo. Uno elige todos los días lo que es mejor, bueno y justo. Basta con limpiar nuestro corazón para poder ver todas las riquezas que tenemos, la prosperidad, el futuro y nuestros sueños.

Deja de ver con inquietud los lugares que puedas ver, controla tu entorno y concéntrate en las oportunidades. Realízalas, una tras otra, y deja que tu voluntad y tu paz interior tomen buenas decisiones. No digas que no tienes el tiempo suficiente, que lo mejor es acortar, tomar una alternativa rápida. No dejes que las personas piensen por

ti, toma tus propias decisiones. Dale su importancia a cada detalle menor, para que no pagues consecuencias mayores. Debes encontrar la suficiente paciencia y perseverancia. La P.A.U.R: Paciencia, Amor, Unión, y Respeto. Y no seas esclavo de tus propios objetivos; trata siempre de tener un plan B. No abandones por lo que has luchado sólo porque no salió todo como tú querías o esperabas.

Después de todo, las cosas no dependen de una persona ni del dinero; tu felicidad depende del amor que tienes en tu corazón. Aprende a tener confianza en tí y verás que todo lo puedes realizar, ya que eso mismo te alimentará.

Todos tenemos objetivos en esta vida: cómo vivirla bien con una familia, tener un auto deportivo, etc., pero esto mismo nos puede esclavizar si nos aferramos. Uno debe hacer las cosas con el corazón, sin preocuparse de las opiniones de otros, pues al final sólo tú y Dios las conocerán. Yo también tengo miedo de enfrentar la vida, pero me he dado cuenta de que la vida no tiene miedo de enfrentarme a mí. A veces preferimos esperar a que las cosas cambien, pero ¿cómo cambiarán si tenemos miedo a enfrentarlas y debilidad en nuestro interior? Escojamos una razón valiosa para vivir, convirtámonos en ciudadanos del mundo y el éxito será para todos.

